

motor de transformación incesante de productos simbólicos, esto es, literarios, en una lucha permanente por conseguir el monopolio de la legitimación literaria, es decir, la hegemonía del campo: los que ostentan el capital específico y aquéllos que todavía carecen de él.

Así, por una parte, tendríamos, en un extremo, la vanguardia ya consagrada por el mercado y las instituciones, formada por los autores hispanoamericanos del *boom* y del *postboom*, que cumplen con las expectativas del gran público, cuyo valor es, por tanto, más comercial, y cuyas obras aparecen en editoriales como Alfaguara, Planeta o Círculo de Lectores (con las indiscutibles diferencias existentes entre ellas), empresas que Bourdieu denomina «de ciclo de producción corto», que ofrecen unos productos de acuerdo a una demanda ya preexistente en el mercado, que minimizan los riesgos (ajustándose a esa misma demanda) y que están dotadas de circuitos propios de comercialización y de promoción (como publicidad, relaciones públicas, control de suplementos literarios, cadena propia de tiendas...), que garantizan la recuperación acelerada de beneficios mediante una circulación rápida de productos condenados al consumo y la caducidad inmediatos<sup>4</sup>.

Y, en el otro extremo, nos encontramos con la vanguardia revolucionaria, constituida por autores jóvenes, que asumen todos los riesgos, porque no tienen nada que perder y sí mucho que ganar, y que publican en pequeñas editoriales, como Lengua de Trapo, que les sirven de plataformas o lanzaderas (de vivero o de *Kindergarten*), empresas «de ciclo de producción largo», que aceptan el riesgo de las inversiones culturales de futuro (con el peligro de acumulación de *stocks* de productos amenazados por su exclusiva valoración material, es decir, como papel al peso) y que viven en un estado constante de incertidumbre ante la posibilidad de recuperar la inversión económica, dado que la esperanza de vida de una novela no exitosa puede ser inferior a tres semanas.

También Anagrama (sobre todo) y Tusquets pueden considerarse, en lo esencial, como empresas «de ciclo de producción largo», aunque, dada su infraestructura, estas editoriales pueden hacer frente mejor a la espera de recuperación de sus inversiones, como sucede con los preciados *longse-llers* o *longrunners*. Por otra parte, tanto en los casos más arriesgados como en los menos, estos editores-descubridores ven a menudo cómo sus escritores son tentados constantemente por otras editoriales más consagradas que les ofrecen su nombre, su influencia en los jurados de premios, una mayor promoción generalizada y derechos de autor más elevados. De todos

<sup>4</sup> P. Bourdieu, *Las reglas del arte...*, *op. cit.*, p. 215 y ss.

modos, en estos casos concretos se produce otro fenómeno que debe constatarse: se trata de editoriales que explotan el capital simbólico acumulado durante años (ambas celebraron el treinta aniversario de su creación en 1999<sup>5</sup>), por lo que, frecuentemente, se produce una colisión entre dos economías diferentes e incompatibles: una orientada hacia la producción y la investigación, y otra hacia la explotación del fondo y la difusión de los productos más o menos consagrados, por lo que el riesgo asumido es cada vez menor. Aunque esta contradicción es todavía mayor, insalvable, en aquellas editoriales que habían acumulado un importante capital simbólico y lo han cambiado directamente por capital económico, al venderse a grandes grupos editoriales, por lo que han pasado de ser empresas «de ciclo de producción largo» a empresas «de ciclo de producción corto», por supuesto, Alfaguara y Seix Barral, al margen del grado de autonomía pactada en el engranaje del grupo; de hecho, uno de los motivos dados por Tusquets para su abandono de Planeta, tras dos años y medio en el grupo, fue, según el director gerente de la editorial, Antonio López Lamadrid, que «el acuerdo con Planeta fue para potenciar la salida de nuevos productos y de líneas novedosas dentro de Tusquets, pero no ha sido así, y hemos decidido seguir sin compañía»<sup>6</sup>.

De este modo, puede decirse que dentro del campo literario actual de la narrativa hispanoamericana se observa una gran actividad, procedente de la coexistencia de cuatro generaciones, por llamarlas de algún modo, o mejor, cuatro grupos de fuerzas que, en la práctica, se reducen a tres (consagrados: *boom* y *postboom*; autores y grupos en lucha simbólica por escalar posiciones: «banda» vs. *snipers*; y vanguardia joven, según la terminología de Bourdieu), que defienden o buscan su espacio, y luchan por conseguirlo. Como acabamos de señalar, los dos polos opuestos están perfectamente claros en sus extremos, pero podría decirse que la mayor actividad se constata en la difusa zona intermedia, en ese espacio de gran movimiento en el que se busca escalar posiciones.

Está claro que los jóvenes niegan a los mayores, a los consagrados, su espacio para validar sus posiciones dentro del sistema (de ahí esa referencia constante, aun en la negación, al *boom*, al pasado). Por su parte, sin embargo, en estos momentos, los antiguos integrantes del *boom* parecen hallarse en una posición más allá del bien y del mal, sentando cátedra desde

<sup>5</sup> Véase Tusquets Editores (1969-1999), *Tusquets, Barcelona, 1999* y Anagrama. 30 años (1969-1999), *Anagrama, Barcelona, 1999* y *Deconstructing Anagrama, Anagrama, Barcelona, 1999*.

<sup>6</sup> <http://www-el-mundo.es/1998/04/30/cultura/30N0082.html>.